

Carlos Nieto Blanco. *Llegar allí es tu destino. Un viaje alrededor de la literatura de viajes*. Madrid, La Oficina, 2023. ISBN: 978-8412442649. 316 páginas. Reseña Juan Luis Fernández Vega.

El filósofo y escritor cántabro Carlos Nieto Blanco (Santander, 1947) aborda, después de una rotunda exhibición de magisterio en su monografía sobre José Ferrater Mora (*El mundo desde dentro*, 2021), esta sorpresiva y sugerente exploración de la Razón Viajera, desarrollada en forma de un viaje de diez “jornadas” por la literatura de viajes. Dado que Ferrater fue también un gran viajero, al principio forzoso y luego voluntario, no podría hablarse de incoherencia temática, sino de una gran ampliación del enfoque. Y desde luego, ninguna rareza, puesto que el viaje está emergiendo muy nítidamente como problema filosófico, o como oportunidad filosófica, si se prefiere. Uno de los mejores libros filosóficos recientes en lengua inglesa, obra de una joven profesora de Durham University y doctora por Cambridge, Emily Thomas (n. 1985), trata precisamente de “viajología” (*The meaning of travel: Philosophers abroad*, Oxford UP, 2020) y ha sido pronto traducida al español (*El viaje y su sentido: cuando los filósofos se hicieron nómadas*, Shackleton, 2021). El viajar interesa y por ello, en sus conclusiones, el autor español valora esta obra de la doctora Thomas.

Pero hay una diferencia de sujetos. Mientras ella habla de Montaigne, Descartes, Locke, Margaret Cavendish, Henry More, Burke o Thoreau, Carlos Nieto despliega su viaje de viajes en una sucesión que atiende sobre todo a los clásicos occidentales: Homero, Jenofonte, la Biblia, Virgilio y Egeria en lo antiguo; Dante, Marco Polo y el anónimo del *Cantar de Mío Cid* en lo medieval; en la modernidad, Montaigne, Díaz del Castillo, Goethe, Madame de Staël y Defoe; y en lo más contemporáneo, Darwin, Melville, Borrow, Unamuno, Eulalio Ferrer, Saramago y Magris. La inclusión de Ferrer es un claro guiño cantabrista y, más allá, a la América de habla española, pues este exiliado republicano santanderino fue uno de los grandes empresarios y teóricos de la comunicación, además de escritor, en el México del siglo XX.

No está de más recordar, en el tricentenario del nacimiento de Kant, el valor que este confirió a los viajes en su *Antropología en sentido pragmático* (1798): “A los medios para ensanchar el volumen de la Antropología”, sostiene allí el profesor regiomontano, “pertenece el viajar, aunque solo consista en la lectura de libros de viajes”. Más adelante alaba el viaje como un ejemplo de la función revitalizadora del “cambio”, frente a la monotonía que deriva en atonía y embotamiento de la facultad sensible: como ese sermón monocorde que “hace dormir a la iglesia entera”. De ahí que el viaje sea tan atractivo, aunque no todos saben aprovecharlo y algunos recaen en

la monotonía doméstica. La *Antropología* y otras obras muestran que este filósofo fue el seguro colista en viajar y el probable líder en leer literatura de viajes, pues durante décadas fue profesor de Geografía Física y de Antropología en la Universidad Albertina, por lo que su conocimiento de los viajes se situaba muy por encima de la media de su tiempo y podríamos decir que de la humanidad entera.

El metaviaje de Carlos Nieto es precisamente de este tipo kantiano: lectura de experiencias canónicas de cambio en el curso de los viajes. De los diez dobles periplos, una mayoría recogen viajes reales, históricos, mientras que una minoría posee referencia más bien mítica, legendaria o ficticia (Homero y Virgilio, en el ciclo Troya-Roma; Dante, que entronca el cristianismo con dicha antigüedad grecorromana; y Melville con su *Moby Dick*); de carácter mixto es la referencia a la Biblia judeocristiana. Así pues, en gran medida el viaje de Nieto por esta biblioteca de veinte títulos, muestra cierta preferencia por la crónica y meditación de viajes efectivos, sin desatender los de trayectoria parabólica (pero ¿por qué la realidad no habría de valer como parábola, o no es ese acaso el contrato implícito en el *historia magistra vitae* de Cicerón?)

Hay viajes primordiales, fundacionales, de la lengua, de guerreros y conquistadores, de comerciantes y aventureros, de científicos y marineros, a Italia, a Centroeuropa, a la Península Ibérica, y de propaganda y exilio. Hubiera sido posible otra clasificación, atendiendo al impacto en la historia de la humanidad, en la de Occidente y en la de España. En este sentido, es seguro que Nieto estará experimentando ya la tentación de dar salida a mucho más material viajero, pues este libro es algo así como la punta del iceberg de un esfuerzo enciclopédico, generoso y deportivo en el sentido que dio a este adjetivo Ortega y Gasset.

Nieto concuerda con Emily Thomas en que los filósofos han sido viajeros ya desde el principio, como Confucio. El filósofo, como no puede sostener cosas sin pies ni cabeza, necesita los pies tanto como la cabeza. La razón es clara: la fenomenología del viaje consiste en el descubrimiento del Otro y, con ello, de lo diferente, pero también de uno mismo por contraste con el Otro. No hay Yo sin Tú, y tampoco ninguno de los dos sin la correferencia al mundo, como nos hubiera dicho Eduardo Nicol, otro viajero sin remisión o tras redención, como su paisano Ferrater.

El viaje emerge así como instrumento del proceso de civilización y humanización. El viajero es, a consecuencia del viaje, incluso si este es forzado, más humano y sabio. En cambio, en otros viajes se trata de dominio, poder y explotación: estos viajeros conquistadores se hacen más poderosos, más groseramente ricos, y tratan de borrar la diferencia mediante la asimilación de lo conquistado; a veces, se trata de lo opuesto, un viajero-víctima, y el viaje es un descenso a los infiernos, dantesco.

El viajero es la protoforma del antropólogo. Todo viaje vale de introducción a la etnología y de borrador a lápiz para un cuadro histórico.

Incluso cuando se expone una fábula, como en Defoe sobre Crusoe, el trasfondo es un testigo real: este relato se inspira en la vida del oficial escocés de la Royal Navy Alexander Killick, abandonado durante cuatro años en el archipiélago Juan Fernández, del Pacífico meridional, en una isla que hoy se llama “Robinson Crusoe” y pertenece a Chile. La aventura precedió en una década a la novela. Esta figura del narrador/testigo, que convierte el discurso en testimonio para un imaginario atestado, es una expresión suprema de la experiencia humana como subjetividad individual. Pero la razón viajera no puede serlo si no es crítica racional, y el conocimiento objetivo es una necesaria conversación entre viajeros, comparación entre viajes y, a través del diálogo, transición al viaje común del saber.

Todo viaje es un movimiento de salida y (re)entrada: se sale de algo, doméstico y conocido, y se entra en otro algo, forastero y desconocido, donde el aprendizaje ha de acelerarse, por supervivencia. De ahí que los viajes de regreso revistan una dimensión cognitiva especial: han ido de lo conocido A a lo conocido B, pero su retornar, en virtud del aprendizaje, ya no es a lo conocido A, sino a un A', a una raíz renovada y cambiada por la experiencia del viajero. Un viaje que, al retorno, no nos hace ver de manera distinta y más compleja nuestra propia casa tampoco ha sido un verdadero viaje, sino solo traslación ociosa.

El viaje ha hecho al ser humano, es un configurador antropológico. Todos venimos de una ancestral población de peregrinos africanos. Los viajes han poblado todos los continentes “probables”. Los viajes han determinado la historia, y para viajar se han creado la caballería, la rueda, la nave, el ferrocarril, globos y aviones, las carreteras, los puertos y estaciones, los tranvías y canales. Y hasta para hacer la guerra hay que viajar, a veces muchísimo. De ahí que a menudo en ella el armamento más importante sea el rancho. La llamada “globalización” es solamente el resultado y consolidación de “Homo viator”, el hombre viajante, que Gabriel Marcel asoció en 1945 a una “metafísica de la esperanza”. Pues quien viaja espera. Turistas, exiliados, migrantes, comerciales, marineros, tripulaciones aéreas, mensajes electrónicos, paquetería y contenedores, alimentos y cacharros, bacterias y virus. Si Heráclito podía afirmar en su día el “todo fluye”, la postmodernidad tiene que proclamar el “todo viaja”, con sus vuelos baratos y sus grandes cadenas logísticas. Quizá en próximos abordajes filosóficos a la cuestión del viajar se plantee, como en Thomas ya, la gran cuestión de las excursiones galácticas. Nos parece, no obstante, que no hay nada comparado a los viajes en el tiempo, como en “El fin de Eternidad” de Isaac Asimov. El viajero temporal es el único capaz de resolver la aporía presente: cómo ser a la vez historiador y político, lechuza de Minerva y águila de Patmos, ver a posteriori y ver a priori.

De momento, tenemos en la obra de Carlos Nieto veinte casos para ejercitar la razón viajera y, a la vez, el viaje de la razón, que es propiamente

el del autor: de una razón de segundo grado, hermenéutica, que en humanidades es la única verdadera, aunque ya no creamos mucho en ella, lo que igual significa que en el fondo sí creemos, porque, como decía Aristóteles, que también viajó lo suyo, hasta para rechazar la filosofía necesita uno filosofar. Esta razón viajera es necesariamente narrativa, abductiva. Y al descubrirse uno mismo en contraste con lo Otro, resulta que hemos viajado hacia nosotros mismos. El viaje es la ecografía dinámica del Yo.

Una contribución esta de Carlos Nieto, amena y solvente, a la comprensión antropológica presente y, si se nos permite, a la filosofía de la historia desde una filosofía de las historias. Si el título toma prestado del poeta Constantino Kavafis el “llegar allí es tu destino”, no olvidemos que el “volver aquí” también lo es. El viaje de vuelta no es menos viaje que el de ida: en cierto sentido, lo es más, pues cuando no hay vuelta el viaje se ha convertido en algo tan permanente, que se hace no ya viaje, sino residencia nueva. El emigrante viaja pero no permanece viajero. La perfección del viaje es volver y contarlo: recapitular, confesar, subir el peldaño de la sabiduría. Y en suma podríamos decir, un poco bíblicamente, “por sus viajes los conoceréis”, y que el “conócete a ti mismo” es sinónimo de “viaje usted”.

Añade así este filósofo cántabro un nuevo título de sólida erudición e intencionado concepto a su ya importante bibliografía, entre la que destacaremos: *El mundo desde dentro. El pensamiento de José Ferrater Mora* (2021); *Discurso sobre la democracia* (2020); *Memoria e interpretación* (2016); *La religión contingente* (2013), finalista del Premio Jovellanos de Ensayo; y *La conciencia lingüística de la filosofía* (1997).

Juan Luis Fernández Vega